



## Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del doctor Bartomeu Barceló Pons

Excelentísimo señor Excelentísimos señores Ilustrísimos señores Muy ilustre claustro de profesores Señoras y señores

Glosar a modo de presentación en este acto la figura universal de Camilo José Cela, y que lo haga precisamente un geógrafo, puede parecer, lo primero innecesario, y lo segundo atrevimiento. Sin embargo, si bien son muchas las personas que han leído alguno de los libros del autor, son menos los que conocen su obra y su personalidad, y contadísimos los que saben de los valores geográficos de una parte muy importante de su producción literaria, y de su interés por la geografía, aspecto que todavía no ha sido abordado por críticos a pesar de que sus aportaciones a la toponimia y a la dictadología tópica son de singular importancia.

Pero quiero aclarar que si me ha correspondido a mí el honor de dirigirme a Vds. en esta ceremonia, se debe fundamentalmente a la benevolencia y a la amistad con que me distingue el doctorando, a lo que intentaré corresponder, a modo de sincero agradecimiento, con mi mejor voluntad y empeño.

Quisiera darles a ustedes una imagen de Cela sacada de su propia obra. El rastrearla resulta una maravillosa aventura, excitante y sugestiva, tanto por los hallazgos y sorpresas como porque no tiene fin. Y pienso, después de hacerlo, que es a través de sus libros de viajes, - que indudablemente son los que tienen un mayor valor autobiográfico- que podemos intentar una aproximación a su perfil humano y acusada personalidad literaria.

En el capítulo introductorio al Tomo IV de su *Obra Completa*, el primero de sus *Viajes por España*, que titula «Con la mochila al hombro y una paz infinita en el corazón», así como en la presentación del *Viaje a la Alcarria*, en este mismo volumen, que denomina «La confusa andadura de un libro sencillísimo» y en «Recuerdo en paz por la tierra por la que anduve...» que encabeza su *Judíos, moros y cristianos*, en el Tomo V, es donde encontramos su concepción del escritor y de la literatura. Cela concibe «su oficio como menester excluyente de cualquier otro» y piensa que «como el vagabundeo, es arte de poda y de renunciación y no el de acopio y atesoramiento», hasta el punto de afirmar que «si la literatura fuera un cúmulo de sabidurías, la literatura dejaría automáticamente de interesarle». Para el autor «La literatura, como la alfarería, es arte que ha de meter sus raíces en la savia del pueblo», al que se entrega con viciosa fruición porque es «un camino - nítido a veces borroso y desdibujado otras- que no se camina jamás».

Pienso, aunque es posible que me equivoque como suele pasar cuando uno pretende adentrarse en la intimidad de las personas a donde nadie le llama, que es entre los años 1947 a 1950, cuando Cela se retira a Cebreros, que se produce en su obra un momento de discontinuidad, indeterminación, cambio o ruptura, que le orienta por su andadura definitiva. El autor nos confiesa en su presentación de *Judíos, moros y cristianos* que «el trato con aquella gente que... vivía apegada a una tradición digna, cochambrosa y hambrienta, barrió de mi espíritu los últimos restos que pudieran quedarle de señoritismo» afirmando que su retiro - «pobre y achuchado»- fue formativo y fecundo.

En muchas ocasiones Cela hace referencia a un cambio de actitud, camino adelante, que deja atrás y renuncia a algo molesto, desagradable y agresivo que había hallado en la vida urbana. En la presentación ya citada del *Viaje a la Alcarria*, fechada en 1963, hace dos alusiones claras a este hecho: «el vagabundo se lavó del odio, se desnudó del odio en la ciudad y se echó al monte, igual que un bandolero para ejercitarse en las solitarias mañan que estrangulan el odio como un conejo»; «el vagabundo, volviendo su mirada atrás, se regodea en el pensamiento de la mucha paz que encontró en los caminos cuando la ciudad y los ciudadanos le negaron su pan».

Creo ver en Cela a un hombre amante de la soledad, cargado de amor y de humanidad, cuya sensibilidad le permite percatarse de lo más íntimo, triste y grande de la realidad cotidiana de los hombres que se cruzan en su camino, aunque a veces pretenda disimular su ternura con el humor, la burla, la irreverencia, la malsonancia y la agresividad, cosas que hace con la misma elegancia y soltura que caracteriza toda su obra.

Cela es un trabajador infatigable que ha sabido unir a su excepcional capacidad una estricta disciplina y un horario rígido que cumple a diario y sin concesiones. Así se explica la magnitud y genialidad de su obra que hasta hoy cuenta con 72 libros y un incalculable número de artículos y colaboraciones en revistas y periódicos, de tal forma que en su obra completa, aun en los inicios de su publicación, cuenta ya con diez tomos, algunos de los cuales ya van por la segunda tirada. A ello tendríamos que añadir las numerosas ediciones que se han hecho de sus obras tanto en castellano como de sus traducciones en lenguas extranjeras, y que en total rondan por las 1500.

De su obra *La familia de Pascual Duarte* se han hecho 43 ediciones en castellano; de *La colmena*, 33 y del *Viaje a la Alcarria*, 26. Sus libros han sido traducidos a 25 idiomas entre los que, a parte de los más usuales, se pueden contar el ruso, el esloveno, el ucraniano, el polaco, el checo, el búlgaro, el chino, el japonés, el coreano, con un total de 148 publicaciones. De *La familia de Pascual Duarte* se han hecho 30 traducciones por lo que resulta ser la novela castellana más traducida después del *Quijote*; y *La colmena* se ha traducido 19 veces. A todo ello tendríamos que añadir su trabajo de investigación, especialmente en el campo de la dictadología tópica, al que me referiré más adelante.

Cela domina la rara alquimia de la lengua castellana. En su pluma las palabras innumerables se convierten en prosa y poesía de belleza inigualada, que le consagran como el primer escritor de la lengua de Castilla de nuestros tiempos.

La proyección universal de la obra de Cela va acompañada por la de su maestría: sus conferencias han sido impartidas en 33 centros y universidades europeas, 30 de los Estados Unidos y 24 de cinco países iberoamericanos, además de las muchas que lleva pronunciadas en universidades, casas de cultura, institutos y otros centros culturales de España. Por otra parte ha impartido lecciones o participado en numerosos cursos, simposiums y coloquios literarios en España, Chile, Italia, Estados Unidos, Francia, Finlandia y Alemania.

La obra de Cela y sus actividades literarias y culturales le han hecho acreedor de muchas y altas distinciones entre las que cabe destacar su condición de miembro de «The Hispanic Society of America», de «The American Association of Teachers of Spanish and Portuguese» y de «The Society of Spanish and Spanish-American Studies». En 1964 fue investido doctor honoris causa por la Universidad de Siracusa en Nueva York, y en 1967 se le concedió el mismo galardón por la Universidad de Birmingham en el Reino Unido. Pero la obra de Camilo José Cela tuvo su coronación en 1957 cuando ingresó en la Real Academia de la Lengua Española, en la que ocupa el sillón «Q» que antes tuvieron otros dos gallegos ilustres, el Almirante Estrada y Linares Rivas, colaborando desde entonces con asiduidad y desusada eficacia en la tarea de los inmortales que como todos Vds. saben es la de limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana.

Son muchos los aspectos de la obra de Cela que podríamos comentar, pero dado el oficio de quien os habla, me vais a permitir que lo haga sobre las debilidades geográficas del autor que reiteradamente y a pesar de ser poco amigo de preceptivas, normas, envaramientos académicos y demás convencionalismos, manifiesta un sorprendente respeto y atención por la geografía. Hace tiempo, en una de nuestras conversaciones me confió que si algún día tuviera que impartir una asignatura en las aulas universitarias, ésta se denominaría «Geografía popular». Su libro *Judíos, moros y cristianos* que reviste singular importancia por ser el que le llevó a la Academia, está dedicado a su padre «profesor de geografía». Una de sus obras la titula *Páginas de geografía errabunda*. Pero es en sus libros de viajes y en su nonato *Diccionario geográfico popular español* donde podemos abundar en el tema.

Para Cela la Geografía es una referencia de veracidad. En la dedicatoria que hace al Dr. Gregorio Marañón, en su primer libro de viajes, el de la Alcarria, el autor advierte que «este libro no es una novela, sino más bien una geografía» y añade más adelante «en novela vale todo con tal de que vaya contado con sentido común; pero en la geografía, como es natural, ya no vale todo, y hay que decir siempre la verdad, porque es como una ciencia».

En el primer capítulo de *Judíos, moros y cristianos* cuando analiza con minuciosidad de erudito y de forma exhaustiva las diferentes divisiones territoriales de Meseta del Duero, afirma que «es curioso pararse a ver que en este problema de los contornos de Castilla el saber popular coincide con el de los geógrafos, que operan científicamente».

Cela piensa que el libro de viajes - «este bello género-cenicienta de todas las preceptivas»- debe ser concebido según las más «vetustas normas del narrador viajero: la veracidad, la sencillez y la complacida visión de lo imprevisto». El autor, que se autodenomina insistentemente viajero o vagabundo, pretende en estos libros retratar «al hombre y a su paisaje, sin meterse en camisas de once varas y en berenjenales que le lleven a sacar conclusiones filosóficas, morales o políticas».

Sin embargo, unas veces su sentido del humor y su imaginación fantástica, otra sus vastos conocimientos en geografía, literatura, historia y arte, le dominan y no puede evitar la asepsia que en un principio se proponía, lo cual no hace sino enriquecer su obra. Así, cuando en uno de sus itinerarios llega a Madrigal de las Altas Torres no puede evitar recordarnos que en aquel «arruinado romance nació aquella novilla montaraz que se llamó tan bárbaramente, Isabel la Católica». En otra ocasión, cuando recorre el Condado de Ribagorza, en su *Viaje al Pirineo de Lérida*, y describe sus municipios, aborda la cuestión del bilingüismo de aquellas tierras y afirma que éste «es fruto que nace como la yerba borde sin que nadie se cuide de su buen concierto y con él sufren - y no gozan- las dos lenguas, quienes, en su estéril dolor, engendran monstruos»; y más adelante añade: «el amor que el viajero siente por el castellano, no sólo es compatible con el respeto que le producen el catalán y cualquier otra lengua, sino que, en cierto modo, hasta es condicionado por la evidencia de estas mismas lenguas y por el reconocimiento que pregona de su realidad, glorioso siempre y, a las veces, heroica».

A lo largo de sus viajes, Cela manifiesta una especial atención, una preocupación diría yo, por la toponimia, muchas veces perdida o simplificada a adjetivaciones cuando no se ha conservado por la nobleza o sonoridad de los nombres de lugar. El autor nos dice que «en España cada rincón tiene su nombre y no hay más que buscarlo». Y es en esta búsqueda donde se encuentra una importante aportación a la geografía que por ser ciencia de localización necesita la más clara de las referencias a los lugares que son sus nombres. Así, cuando el autor llega a Gredos, nos descubre, por primera vez en la literatura geográfica española, los nombres de las lagunas: «El vagabundo a fuerza de preguntar y no sin suerte, apuntó en un cuaderno la gentil geografía que ahora enseña por sí a sus amigos place el conocerla: a las cinco lagunas Sebastián Martín, natural de Navalguijo, lugar de Navalonguilla, de oficio pastor y de edad no precisa, las llama La Baraja. Contadas de N a S las dice: Cimera o Cabeza Nevada, Doncella o del Cabrón, Medianera o Brincalobitos, Galana, y Bajera o Majalaescola. Al Circo de Gredos le nombra Recuenco de Almanzor y a la Laguna Grande, marcando las erres con soberbia, el Riñón del Recuenco». En otra ocasión, en el *Primer viaje andaluz* nos enumera los nombres, no por conocidos menos sonoros, de las quince cervantinas Lagunas de Ruidera, en el Campo de Montiel: El Charco Escudero, La Blanca, De Ruipérez o del Concejo, La Tinaja, la de San Pedro, La Redondilla, La Lengua, La Salvadora, La de Santo Morcillo, La Batana, La Colgada, La del Rey, La de Cueva Morenilla, La Coladilla y la Cenagosa o Cenaguero, incluyendo en esta relación los nombres de los arroyos que les son tributarios y otros nombres de lugares próximos.

La toponimia adquiere en Cela además de valor de localización y de descubrimiento, sugerencias de paisajes, recuerdos históricos, situaciones y emplazamientos, topografías, héroes antiguos. Y manejada con singular maestría literaria se convierte en musicalidad, belleza y poesía jamás alcanzadas por otro autor de lengua castellana.

Es a través de los libros de viajes donde podemos encontrar la concepción que tiene Cela de la vida y que podría condensarse en un párrafo del capítulo denominado «El calendario del corazón», el primero de su *Viaje al Pirineo de Lérida* y que dice así: «La vida se inventó para vivir y para dejar vivir, para caminar, para amar a las mujeres que cruzan el camino, para comer el pan honesto y el jamón curado, para beber el agua de la fuente y el vino en los lagares, para ver el mundo y hablar de sus cosechas y las navegaciones, para bañarse en el restañó del río que cae del monte y secarse después al sol, sobre la hierba».

Esta concepción vital le enfrenta forzosamente, como antes ya aludí, a la vida urbana: «la vida a contrapelo, la vida de las ciudades y de los escalafones es un pecado triste y aburrido, una atadura puesta por el diablo para mejor gobernar las almas prisioneras»; y en esta misma línea y en otra ocasión el autor nos advierte que «quienes se meten (en las ciudades) no son escritores viajeros ni vagabundos, sino ensayistas que es peor».

Su deseo de libertad, que le aproxima a otro geógrafo, Elisée Reclus, se manifiesta frecuentemente en explosiones de fantasía poética como cuando dice: «el vagabundo con la cabeza poblada de blancos y remotos pájaros pintados con la violenta color del errabundo, siente - Dios le perdone- no haber nacido lobo de monte o rayo de cielo o cierzo serrano y helador».

El interés de Cela por el lenguaje popular le lleva a incluir tanto en su libro *Del Miño al Bidasoa* como en el *Primer viaje andaluz*, un censo de personajes en el que distingue los históricos o reales de los que son de ficción, añadiendo en la primera de estas obras un rico vocabulario de andalucismos.

Junto a la obra literaria del autor, existe un trabajo de investigación muy importante y al que, por ser menos conocido que la primera, quiero referirme con especial mención. Cela ha abordado la dictadología tópica, término que él introduce para denominar el estudio sistemático de los dictados tópicos, con singular originalidad, destreza y profundidad, valorando o revalorizando el léxico que nacido de la necesidad del hombre de nombrar a los otros hombres que ven su paisaje doméstico y familiar, permanece a lo largo del tiempo en la memoria histórica popular.

En su nonato *Diccionario geográfico popular español* el autor, aquí el investigador, se propone «meter un poco de orden en los decires geográficos, en los dictados tópicos que el español habló ayer y no quisiéramos ver borrados y olvidados mañana: la frase adverbial y proverbial o admirativa, el refrán, el cantar, el gentilicio, el apodo colectivo, etc.». Así se expresa Cela en su trabajo *Sobre dictados y sus formas* publicado en el libro homenaje a Antonio Pérez Gómez (Cieza, 1978), donde analiza con meticulosidad y rigor estos conceptos que forman parte del marco teórico de su obra. Este Diccionario tiene su origen en una encuesta pasada a todos los carteros rurales de España que proporcionó unas 30.000 contestaciones, y en el vaciado de nomencladores, diccionarios de apodos y gentilicios, refraneros, vocabularios y estudios filológicos locales. A parte del artículo citado, Cela lleva publicados seis trabajos sobre dictados tópicos de Cádiz (*Miscelánea En Torno a Pemán*. Cádiz, 1974), del Campo Arañuelo (*Homenaje a Don Antonio Rodríguez Moñino*. Madrid, 1975), de la Maragatería (*Romanistik in Geschichte und Gegenwart*. Band I Hamburgo, 1975), de La Cabrera, Babia y Laciana (*Studia Hispanica. In Honorem R. Lapesa*. Madrid, 1975), de las Hurdes y las Batuecas (*Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*. Paris, 1975) y del Valle de Mena (*Homenaje a Vicente García de Diego*. Madrid, 1976). Estos trabajos constituyen un avance de lo que un día será el *Diccionario* y en ellos el autor presenta los dictados tópicos, relacionados por orden alfabético, acompañados de referencias bibliográficas, textos de autoridades y descripciones minuciosas y pormenorizadas, todo lo cual confiere a esta obra un alto valor filológico, antropológico y geográfico. Deseamos y esperamos con impaciencia el feliz término de esta obra que cubrirá un vacío importante en el conocimiento de las tierras españolas y del vivir de sus habitantes.

Finalmente quiero hacer alusión a la presencia de Cela en Mallorca. Fue en 1954 cuando Camilo llegó a Mallorca en busca de la paz y el sosiego que le negaban las tierras meseteñas, y aquí acabó por insularizarse, hace ahora 26 años. Palma ha sido la ciudad en que más años ha vivido y donde ha desarrollado la mayor y más importante parte de su obra. El autor en unas páginas escritas en 1963 en el Puerto de Pollensa y que encabezan su *Judíos, moros y cristianos* nos dice refiriéndose a esta obra: «fue libro que escribí con mucho amor y no menos respeto. También es posible que de no haberme venido a Mallorca - el rincón donde tanto orden voy metiendo en mi cabeza y en mis papeles y en el que, con tal agradecido sosiego y desdén hacia los respetos humanos, sigo trabajando- , éste hubiera sido un libro que jamás se escribiese. A mí me resultó laborioso y difícil y pienso que la paz me aclaró el recuerdo».

Cela ha vivido entre nosotros todos estos años entregado a su trabajo, sin protagonismos locales pero siempre dispuesto a colaborar generosamente en nuestras actividades culturales, como lo ha hecho numerosas veces.

Fue en Palma, en el año 1956, cuando fundó los *Papeles de Son Armadans*, la revista de mayor prestigio literario de lengua castellana de esta época y que acabó su singladura el pasado año, habiendo colaborado en ella escritores de todo el mundo, muchos de los cuales llegaron a Mallorca atraídos por la obra y los proyectos de Cela. Así, cuando en 1959, éste organizó las «Jornadas Europeas de Palma de Mallorca» reunió en nuestra ciudad a personalidades como Pedro Laín Entralgo, José M<sup>a</sup> Pemán, Ramón Menéndez Pidal, Juan José López Ibor, Gabriel Alomar, Enrique Lafuente Ferrari y Julián Marías. Por aquellos años también organizó las «Conversaciones poéticas de Formentor» que congregaron a las primeras figuras de la poesía: Ezra Pound, Dionisio Ridruejo, Blas de Otero, Gerardo Diego, Alastair Reid, Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Carles Riba, Celso Emilio Ferreiro, Vicente Aleixandre y un largo etcétera. De estas «Conversaciones» nacieron los «Premios Formentor» de poesía que otorgaron en años sucesivos varias editoriales europeas conjuntamente.

Cela, y esto hay que remarcarlo, ha tenido siempre una actitud abierta y paciente con nuestros estudiantes, a los que ha abierto las puertas de su casa, dedicándoles su tiempo a escucharles, decirles palabras aleccionadoras y animosas e incluso, cuando así lo merecieron, brindarles oportunidades editoriales para sus trabajos.

Por todo lo que acabo de exponer pienso que Mallorca tiene una deuda, una deuda grande con Camilo José Cela. Y a esta deuda hoy se le suma el que nos haya hecho el gran honor de aceptar nuestro doctorado honoris causa.

A la satisfacción y estímulo que a todos nos produce el contar desde ahora en nuestro claustro con Cela, se une otra: la de que nuestra Universidad ha sido precisamente la primera del Estado español que ha reconocido sus méritos concediéndole tal grado, habiendo sido la segunda la de Santiago de Compostela en su Galicia natal.

Y para terminar quiero expresar mi deseo, que creo que será el de todos nosotros, de que este doctorado con el que hoy investimos a Camilo José Cela, no quede reducido a la solemnidad de este ceremonial y que en el futuro ejerza asiduamente su maestría en nuestras aulas, para que todos, alumnos y profesores, podamos aprovecharnos de sus enseñanzas y enriquecernos con su trato temporal.

Muchas gracias.

Palma, 22 de enero de 1980.